

VI Coloquio Internacional de Arqueología Espacial

Arqueología de la Población

Arqueología Espacial, 28, pp. 135-154

Teruel, 2010

Aproximación a la estructura social del campesinado celtibérico¹

Francisco Burillo Mozota

Seminario de Arqueología y Etnología Turolense

Universidad de Zaragoza

faburillo@gmail.com

Resumen

El modelo de análisis de las sociedades campesinas parece establecerse como el más adecuado para conocer la estructura de las sociedades antiguas. La sociedad celtibérica tuvo la peculiaridad de su tendencia igualitaria, manifestada desde su origen en el modelo de los poblados de “calle central”. Y se piensa que debido al dominio de los grupos familiares extensos en su estructura social. Esto que explica que no acuse de forma tan destacada la emergencia de la aristocracia que en el siglo VI a. C. se observa en el eje del Ebro medio y bajo; también la ausencia de tumbas monumentales o de ricos ajuares y que, frente al banquete en tumbas individuales, desarrolle el banquete comunitario.

Es en la fase estatal cuando la estructura social celtibérica adquiere su mayor peculiaridad con pervivencia de las familias extensas. El territorio celtibérico es organizado en ciudades estado, con *oppida* de pequeño tamaño, sin obras públicas destacadas y la mayor parte de la población reside en los asentamientos rurales. No existe una oposición entre la ciudad y el mundo rural. Tanto el estudio de las fuentes escritas como arqueológicas concuerdan en mostrarnos que la riqueza no se encuentra concentrada, que la aristocracia nunca alcanzó el peso de la del ámbito ibérico, y que existe un dominio social de los caballeros campesinos, que con categoría de ciudadanos residen en su mayor parte en el campo.

Abstract

The analytical model of peasant societies is regarded as the most appropriate to work out the structure of ancient societies. The Celtiberian society had the peculiarity of its egalitarian tendency, shown since its first phases by the settlement model of "central street." And this is due to the dominance of extended family groups in its social structure. This explains why those communities did not register so prominently the emergence of the aristocracy that, in the VIth century BC. is going to be observed in the middle and lower

¹ Este trabajo se desarrolla dentro del Grupo de Excelencia Hiberus y del Proyecto I+D: HAR2008-04118/HIST (“Segeda y Celtiberia Septentrional: investigación científica, desarrollo rural sostenible y nuevas tecnologías”), financiado por el Ministerio de Educación y Ciencia y los fondos FEDER.

basin of the river Ebro; also the absence of monumental burials or rich grave goods and, as opposed to the banquet in single burials, that a collective one is developed.

It is in the State phase when the Celtiberian social structure acquires its stronger peculiarity with the persistence of the extended families. The Celtiberian territory is organized into a city-state pattern, with small *oppida* without prominent public works and most of the population living in rural settlements. There is not an opposition between town and countryside. The study of written and archaeological sources shows that wealth is not concentrated, that the aristocracy never reached the importance of that of the Iberian area, and that there is a social predominance of the peasant owners who, with the status of citizenship, are mostly living in the countryside.

1. Introducción

Sin duda alguna el materialismo histórico ha sido el marco teórico más fructífero en el estudio de las estructuras sociales en la Antigüedad hispana, especialmente para su fase estatal, como lo demuestra los continuos estudios de Arturo Ruiz (1998 y 2000) sobre las sociedades ibéricas del alto Guadalquivir. Para las etapas previas, donde emerge la diferencia social con las primeras aristocracias, los modelos surgidos de las de las investigaciones antropológicas de Polinesia y Africa integrados por Maurice Godelier (1998 y 1999) en el materialismo estructuralista, han generado interesantes estudios como los realizados por Joan Sanmartí (2004 y 2009) sobre las sociedades del NE peninsular. Sin embargo, estos trabajos cubren sólo una parte del estudio de la sociedad, los correspondientes a los aspectos del poder, del conflicto social y la desigualdad. Lo que planteo en este trabajo es ampliar la esfera del análisis social, para estos y otros aspectos, utilizando para ello otro modelo antropológico más próximo y más universal que el polinesio, me refiero al del campesinado, cuyo éxito se ha atestiguado en los estudios de las sociedades rurales medievales (Rösener, 1990), de la protohistoria extremeña (Rodríguez, 2009) o de la Grecia antigua (Gallego, 2003) por citar sólo tres ejemplos.

El campesinado es en palabras de Boguslaw Galeski “El más antiguo y universal modo de producción conocido en la historia”. Presenta una estrategia social y económica similar, sea cual sea la comunidad campesina que se estudie: la explotación agrícola familiar como unidad básica multifuncional de la organización social y la labranza de la tierra y la cría del ganado como el principal modo de vida (Shanin, 1976, 7), aspectos comunes que dieron lugar, no obstante, a diferentes modelos de relaciones sociales. Únicamente me atrevo a discrepar de los teóricos del campesinado como Eric R. Wolf (1971: 19) que defienden que para que unos agricultores se consideren campesinos tienen que satisfacer un “fondo de renta” o impuestos, lo que implica “la existencia de un orden social en el cual unos hombres, por medio del poder que detentan, pueden exigir pagos a los otros, de lo cual resulta una transferencia de riqueza de una parte de la población a otra”. Pienso que el campesinado surge cuando los agricultores primitivos se deciden vivir en común y formar una aldea, creando un nuevo sistema de relaciones, ayuda mutua y control por encima de la unidad familiar nuclear que, en este nuevo sistema, es la base de la estructura social y económica del campesinado. Esto es, quienes comenzaron a vivir en los “poblados de calle central” del Cinca – Segre configuraron las primeras comunidades campesinas en este territorio sedimentario, sin que en su primera etapa y hasta el siglo VII generaran excedentes tributarios, ni siquiera para intercambios estables.

Este marco teórico del campesinado es la referencia que he seguido al comenzar el estudio de la sociedad celtibérica, donde contamos con la limitación de la documentación

disponible. Las fuentes escritas clásicas son tardías, centradas en la narración de acontecimientos políticos relatados, por otra parte, por el bando vencedor. No obstante, los escasos testimonios existentes en ellas sobre la estructura social de los celtiberos son claves a la hora de contrastar su información con las fuentes arqueológicas disponibles. Será la Arqueología la que nos proporcionará las evidencias que aparecen tanto en el mundo de los vivos, casas y asentamientos, como en el de los muertos, tumbas y cementerios, y la que nos permitirá retrotraer en el tiempo el proceso formativo de la sociedad celtibérica. Las fuentes epigráficas indígenas, junto con las de época romana aportan, también, una información indispensable para el estudio que nos ocupa.

Si bien toda comunidad campesina se califica como tal por tener una estructura social basada en la familia restringida y una economía centrada en la explotación de la tierra y en la autosuficiencia. Sin embargo, esta universalidad en el tiempo y en el espacio generaron diferentes estructuras sociales. De hecho veremos como la sociedad celtibérica, a diferencia de la ibérica, no desarrolló una destacada élite aristocrática. Las razones deben buscarse en su peculiar estructura social, en el dominio de las familias extensas, de los grupos de parentesco nominados por otros autores como “organizaciones suprafamiliares” y “gentilidades”, ausentes en el ámbito ibérico. Los grupos de parentesco ejercieron de niveladores sociales de las comunidades celtibéricas, dando lugar a una sociedad de tendencia igualitaria, con ausencia de grandes concentraciones de riqueza, tanto a nivel particular como a escala comunitaria.

2. El modelo de sociedad campesina de los “poblados de calle central”

Pienso, junto con Julián Ortega, que la sociedad campesina celtibérica de etapa histórica tiene su base en el modelo social que se desprende de los “poblados de calle central”, que aparecen hacia el año 1100¹ en la cuenca sedimentaria del Cinca-Segre desarrollando una economía esencialmente cerealista. Corresponde a una comunidad igualitaria basada en los lazos de sangre. Y si bien los espacios domésticos son la residencia de las unidades familiares nucleares, las relaciones sociales se establecen a partir de los grupos familiares extensos (Burillo y Ortega, 1999 y Ortega, 1999).

El “poblado de calle central” más antiguo detectado es Genó de Aitona, Lérida (Maya *et. alii*, 1998). Poco después este modelo de asentamiento se atestigua en el siglo X en el Bajo Aragón, con ejemplos como Cabezo de Monleón (Beltrán, 1984) y Zaforas (Pellicer, 1957), ambos en Caspe, Zaragoza. En las mismas fechas remonta el Ebro, en sus tierras sedimentarias, hasta llegar a la ribera navarro-riojana. Sin embargo, hasta el siglo VII este nuevo sistema de poblamiento no recorrerá la escasa distancia que le separa del Mediterráneo, caso del Barranc de Gàfols (Sanmatí *et alii*, 2000). Heredan del Bronce Mediterráneo la arquitectura en duro, las casas rectangulares con muros compartidos, los bancos adosados y el almacenaje de los cereales en tinajas (Burillo y Picazo, 1997). Añadirán como novedad el levantar los muros con adobes sobre zócalo de piedra. Su urbanismo se resuelve en la mayoría de los casos siguiendo el modelo de Genó, ordenando las casas a uno y otro lado del espacio central. Difieren de los asentamientos del segundo milenio en un hecho de especial trascendencia por su implicación social, como es que el crecimiento demográfico de estas pequeñas comunidades campesinas no se realiza añadiendo nuevas casas al poblado primitivo. En estas aldeas el incremento poblacional queda limitado desde su fundación. La parte trasera de las casas es lo primero que se diseña,

¹ Salvo indicación contraria todas las fechas son antes de Cristo.

configura el cierre que constriñe el poblado, pues nunca se añadirá una nueva casa fuera del recinto.

Lo que la lectura arqueológica de este urbanismo nos marca es que ha surgido un nuevo modelo social en estas comunidades campesinas, expansivo en su crecimiento, pues resuelven el aumento demográfico fundando nuevos poblados de similares características. Todos los espacios del asentamiento presentan hogares, por lo que podemos identificarlos con viviendas que por sus dimensiones son residencia de familias nucleares. Las dimensiones similares de las casas, unido a una similitud en los ajuares indica que no hay diferencia de riqueza entre sus habitantes. Nos encontramos ante comunidades campesinas de carácter muy igualitario, que tienen en el poblado la unidad de su relación social basada en vínculos familiares.

3. La aparición de la desigualdad

En el siglo VII, la llegada de productos foráneos, esencialmente fenicios, al eje del Ebro genera un desarrollo comercial que da lugar a la aparición de la desigualdad. Emerge una aristocracia que muestra en sus tumbas rituales de vino y banquete y que, en el ámbito del Bajo Aragón, reside en “casas torres” aisladas. En las tierras altas del Sistema Ibérico central y en sus rebordes montañosos donde se desarrollará la cultura celtibérica no aparecen, en sus múltiples enterramientos, testimonios arqueológicos que nos muestren la emergencia de una aristocracia. Los ajuares que se han considerado destacados y símbolos de gran riqueza en los cementerios del siglo V y que se han identificado con una elite guerrera, se limitan a armamento de defensa de fácil fabricación: casco, caetras y pectorales. En estas tumbas, y en contraste con otras contemporáneas, no existe evidencias de banquetes, ni mucho menos de elementos arquitectónicos o escultóricos monumentales en los que defender la existencia de una verdadera elite aristocrática. El hecho de que en etapas posteriores se haya encontrado evidencias de banquetes funerarios comunitarios, es el mejor testimonio de implantación de los rituales de grupo sobre los del individuo. Sin embargo, la elite social surgida en el eje del Ebro no se consolida y desaparece en un periodo amplio de conflictos que se extiende durante los siglos VI y V, en la denominada “crisis del Ibérico Antiguo”, que se estabiliza con un proceso sinecista, concentrando la población en asentamientos de mayores dimensiones, los *oppida* (Burillo, 2009: 327).

3.1. La emergencia de una aristocracia en el eje del Ebro

Si bien en la etapa de la Primera Edad del Hierro no se detectan modificaciones sustanciales en las producciones agropecuarias, encontraremos cambios notables en lo que se refiere a las relaciones comerciales y a sus consecuencias socioeconómicas, aunque limitado al territorio oriental del Bajo Aragón. Durante el último cuarto del siglo VII y primera mitad del VI aparecen en la cuenca del Matarraña, en yacimientos como Tossal Montañés I y el Cerrao I, ambos en Valdetormo, Teruel (Moret *et alii*, 2006: 26-28 y 72) restos de ánforas fenicias, que implican el inicio del comercio a través de intermediarios indígenas, lo que supondrá la concentración de riqueza y la emergencia de la desigualdad social entre las poblaciones indígenas.

El consumo de vino en *simposia* y banquetes se extendió por el ámbito mediterráneo acompañando al ritual funerario de una elite guerrera. Una publicación póstuma de M^a Rosario Lucas (2003-04) señala cómo griegos e itálicos se sirven del cazo o

simpulum para mezclar y escanciar vino en ceremonias festivas y libaciones rituales. El estudio de la presencia de *simpula* y vajilla asociada en tumbas del siglo VII-VI del tramo final del Ebro y del territorio del Herault demuestra la extensión del ritual mediterráneo, propio de la nueva aristocracia surgida con los cambios socioeconómicos que darán lugar al inicio del proceso iberizador en este territorio. El punto más occidental de esta región cultural del NE peninsular y Languedoc corresponde a la tumba de Les Humbries en la partida de Les Ferreres de Calaceite, enterramiento del siglo VI dado a conocer por Juan Cabré en 1908. En esta tumba aislada apareció: una coraza o peto perteneciente al “foco metalúrgico languedociense – catalán de los siglos VI-V” (Quesada, 1997: 577); pedazos de espada de hierro, de hoja recta y empuñadura plana, posteriormente identificada con una espada de frontón (Cabré 1942: 182); un candelabro conocido tradicionalmente como *thymiaterion* y quema perfumes, pero ya definido por Juan Cabré (1942) como un pedestal para sostener un “calderillo”, función ratificada por M^a Rosario Lucas (2003-04: 119) con paralelos en tumbas de guerreros en Coufoulens y Pézens; y fragmentos y asas de un recipiente de bronce que se conservan en París (Rouillard 1997: 134-135) y que han sido identificados con un mango de *simpulum* de tipo catalano-languedociense y las asas de una pátera etrusca (Graells *et alii*, 2009).

Un siglo después son muy escasas las evidencias localizadas en el Bajo Aragón correspondientes a tumbas de esa elite emergente, de hecho son tan solo dos hallazgos parciales, pero que confirman la ritualidad señalada. Un fragmento de crátera proveniente de la Grecia del Este fechado en la primera mitad del siglo VI y vinculado con una sepultura no identificada del entorno de Torre Cremada de Valdetormo (Moret *et alii*, 2006: 87) y un fragmento de trípode de tipo chipriota localizado en la tumba 2 de La Clota de Calaceite que tras ser sometido a un análisis de isótopos presenta ratios que lo vinculan con las áreas mineras de Cartagena (Rafel 2005 y Graells *et alii*, 2009).

Mayor suerte se ha tenido con la identificación de la residencia de estas elites, aunque para ello se ha tenido que esperar a pleno siglo XXI. A finales del siglo VII y durante el VI surge un sistema peculiar de residencia en este territorio, son las denominadas “casas-torres”, viviendas aisladas y fortificadas de planta circular y hasta tres plantas de altura (Moret, 2002): Tossal Montañés II, Cabezo la Guardia de Alcorisa (Moret *et alii*, 2006: 183) y Palao de Alcañiz, (Moret *et alii*, 2005-6). Con ellos se relaciona el complejo de carácter cultural y planta biadsidial de Turó del Calvari de Vilalba dels Arcs, Tarragona, con vasijas que muestran la importancia de la comensalidad del banquete y del vino entre esta elite, que tendría dentro de este edificio un lugar de reunión y de afirmación de su identidad (Bea *et alii*, 2003 y Diloli y Bea, 2005 y Sardá, 2008).

Tumbas y residencias nos muestran la existencia de un elite emergente que se ha independizado de las comunidades campesinas. Mientras estas viven y se entierran en común, en poblados y cementerios. Estos personajes de alto rango residen en fortificaciones aisladas y se entierran en espacios también propios. Siguen rituales aristocráticos vinculados con el vino, dentro de una moda que se extendió por el Mediterráneo y que se manifestó con personalidad propia en el territorio ibérico del NE y Languedoc y con aspectos específicos en la Terra Alta y el Bajo Aragón. Se les puede identificar con la figura bien conocida en el mundo de la Antropología como “Big Man” de las sociedades oceánicas (Godelier, 1999) o el defendido para el Alto Guadalquivir de aristocracia simple, que Arturo Ruiz (1999: 191) sitúa entre la sociedad aldeana y la aristocracia compleja, propia de los *oppida* de ese territorio ibérico.

Frente a estos asentamientos singulares, las comunidades campesinas continúan viviendo en aldeas, surgiendo en esta etapa asentamientos como el poblado del Barranc de Gàfols de Ginestar (Sanmatí *et alii*, 2000), que muestra la extensión hacia la desembocadura

del Ebro del modelo de “poblado de calle central” con casas adosadas de planta rectangular de dimensiones similares, lo que muestra la igualdad social de sus habitantes y nos indica la pervivencia del antiguo modelo campesino de los “pobladados de calle central”. Lo que no es óbice a que presente cerámicas que indican el consumo del vino por sus habitantes. No en vano el control de la circulación del vino parece ser el elemento principal en que se fundamentó la emergencia de aristocrática.

Ebro arriba se encuentra la necrópolis de Castejón de Navarra (García, 2004), que a pesar de ser un *unicum* en esta zona los testimonios nos muestra el surgimiento de una elite social pero que a diferencia de lo visto se entierra con sus congéneres en cementerios, donde tumbas y ajuares manifiestan la aparición de diferencias notables entre los miembros de la comunidad. Las sepulturas de esta elite son tumbas de grandes dimensiones, con ajuares diferenciados como escarabeos o elementos de un banquete reflejados en parrilla de hierro, cazo, trébede, caldero y asador, indicio de la complejidad del ritual funerario, y marcador de las diferencias sociales entre las comunidades agrarias del interior del Ebro. El compartir el espacio de la necrópolis con tumbas de menores dimensiones y ajuares pobres lleva a suponer que lo hacen también en su espacio vital. Por lo que pienso que las casas de esa elite deberán buscarse en los pobladados y no en viviendas aisladas fortificadas. Lo cual marca un modelo peculiar de estructura social.

3.2. La “crisis del Ibérico Antiguo”

La emergencia aristocrática vista en el Matarraña y Terra Alta y en la necrópolis de Castejón de Navarra no llega a consolidarse a diferencia de lo que ocurre en el territorio ibérico del Alto Guadalquivir. Muy al contrario, se colapsa y desaparece dentro de una larga etapa conflictiva, que surge en el mismo momento en que aparecen las “casas fortines”, como lo muestra la destrucción por incendio del almacén de Aldovesta, en una fecha en torno al 580 (Mascort *et alii*, 1991: 42) y el de la casa fortín de Tossal de Montañés II hacia el 525/500 (Moret *et alii*, 2006). El aislamiento y las características defensivas de estas residencias parecen mostrarnos que los enfrentamientos surgen con las propias comunidades campesinas de donde surgieron. Todo parece indicar que los lazos de igualdad imperantes en las relaciones sociales no pudieron asumir la emergencia de una elite.

Pero el proceso, de lo que en su momento denominé como la “crisis del Ibérico Antiguo” (Burillo, 1989-90), se generalizó por todas las comunidades campesinas de los terrenos sedimentarios del Ebro, a lo largo de un amplio periodo que abarca los siglos VI y V. Tal como manifiesta la generalizada destrucción de los pobladados y la modificación sustancial del ritual funerario, al desaparecer los cementerios con enterramientos tumulares y ser sustituidos por enterramientos que son esquivos a su identificación por el arqueólogo. Pero este proceso de cambio no se halla limitado a este territorio. También en el Languedoc central numerosos hábitats del valle del Hérault se destruyen y abandonan o reducen su superficie de ocupación entre el 500 y el 475 (García 2008, 50). Durante esta etapa de un siglo los príncipes celtas desaparecieron y la cultura del Hallstatt centroeuropea fue sustituida por la de la Tène, emergiendo los *oppida*. En el Sur de la Península, Tartessos entró en rápida regresión a partir del 525 y sus ciudades se abandonaron. Poco después, en el territorio de Extremadura, se detecta una atomización del poder, regentado por señores de pequeños asentamientos rurales aristocráticas (Cancho Roano, La Mata), que a su vez se verán destruidos y abandonadas al final de esta etapa, hacia el 400 (Rodríguez Díaz, 2009).

El periodo de transición existente entre la masiva desaparición de asentamientos del Primer Hierro y la emergencia de las primeras ciudades nos es todavía poco conocido.

Nuevos estudios, como el de Javier Armendáriz (2008) sobre el territorio navarro, ratifican lo que ya sabíamos que ocurría más abajo del Ebro (Burillo, 2007), que la crisis social del Ibérico Antiguo se resuelve en este territorio, pero también en otros como la cuenca del Duero o todo el ámbito ibérico, concentrando por sinecismo las poblaciones que se asentaban en los asentamientos abandonados en otros de mayores dimensiones que denominamos *oppida*. Suponen un cambio político importante pues nos encontramos ante la aparición del Estado, siguiendo el modelo mediterráneo de las “ciudades estado”.

3.3. Una incipiente jerarquización en las necrópolis celtibéricas del siglo V

Las tierras altas del Sistema Ibérico estuvieron ajenas a este primer proceso de jerarquización social. No se han documentado materiales fenicios, pero sí la llegada de cerámicas a torno ibéricas, que indican los contactos con poblaciones indígenas del área de Levante y el Bajo Aragón y con el Sur peninsular, como se comprueba en el Castro del Ceremeño (Cerdeño y Juez, 2002), lo que supuso la llegada de nuevas fórmulas de pensamiento dentro del proceso inicial de la iberización. Sin embargo, no tenemos testimonios arqueológicos que nos indiquen modificación en las tradicionales relaciones sociales de igualdad entre las comunidades campesinas o, lo que es lo mismo, no encontramos evidencias en los siglos VII y VI de esa emergencia aristocrática visible en la línea del Ebro.

Los testimonios con que se cuentan para poder hablar de la existencia de una elite son muy pocos dentro del gran conjunto de tumbas celtibéricas conocidas, y tardíos con respecto a los testimonios vistos, pues se datan en su mayor parte en el siglo V, y reconocidos exclusivamente en el ámbito funerario: elementos de parada como caetras de gran tamaño, cascos y pectorales, que en siglos posteriores no volveremos a encontrar.

Los umbos de escudo en bronce de gran diámetro, entre 30 y 40 cms., denominados por Fernando Quesada (1997: 508) como “grandes tachones decorativos” se han hallado completos en dos necrópolis celtibéricas, la de Griegos y la de Alpanseque. Inicialmente, y todavía en muchas publicaciones, estas caetras se consideran como representación de lo “celtibérico”. Sin embargo, el estudio de Fernando Quesada demuestra que: “deben considerarse producciones propias del ámbito ibérico, exportadas hacia la Meseta o imitadas allí”. Igual ha ocurrido con los conocidos discos coraza de Aguilar de Anguita (Aguilera, 1916) cuyo foco originario inmediato es ibérico, del SE y alto Guadalquivir (Quesada, 1997: 571 y ss.). La excepcionalidad de una de las tumbas donde apareció el pectoral junto con un casco de tipo semiesférico llevó al Marqués de Cerralbo (1916, 33-35) a denominarla como “sepultura de un régulo celtibero”, pasando a ser considerada como “paradigma de ajuar de gran riqueza” (Barril, 2003, 8). También son escasos los hallazgos de estos cascos, otros tres en Alpanseque y dos ejemplares de la de Almaluez (Barril 2003). En la etapa cronológica de finales del siglo VI y fines del V sitúa José Luis Argente y su equipo el conjunto de “pecterales de placa” localizados en el centro de la necrópolis de Carratiermes (Argente *et alli*, 2001, 113-120), que adscribe a tumbas correspondientes a “individuo rico no guerrero”.

No obstante, la supuesta “riqueza” de estos ajuares excepcionales es muy relativa. En los cementerios celtibéricos señalados y en las sepulturas indicadas hay ausencia de evidencias de rituales vinculados con el banquete como en Castejón, o con el vino como en el ámbito ibérico-languedociense. También estos cementerios carecen de la monumentalidad arquitectónica y escultórica de las necrópolis ibéricas del Levante, SE y Alto Guadalquivir. En suma, si existió una elite guerrera en el territorio del Sistema Ibérico central, se fecha en

el siglo V, en etapa más tardía que en el eje del Ebro, y nunca alcanzó la diferenciación social que en territorios fronterizos permite hablar de una presencia aristocrática.

3.4. Frente al banquete aristocrático el banquete comunitario.

Si existe una desigual información en el mundo celtibérico es en los enterramientos respecto a los asentamientos. Ya que son más de cuarenta las necrópolis excavadas y miles las tumbas. Pues, bien, no existe ningún ajuar, cerámico o metálico que nos muestre la existencia de un ritual funerario estable vinculado con el banquete y el consumo de bebidas alcohólicas. Entre los miles de tumbas descubiertas la información disponible es mínima. Sólo se han localizado: una trébede en la necrópolis de Atienza (Cabré, 1930: 7); un asador en Aguilar de Anguita, otro en Carabias y uno o dos en Atienza (Lorrio, 2005: 230); una posible parrilla en Monteagudo de las Vicarías (Arlegui, 1990: 58). y fragmentos de una dudosa trébede y un gancho en Numancia (Jimeno *et alii*, 2004: 290). Únicamente es en Carratiermes en 7 de las 644 tumbas conocidas, en la primera mitad del siglo V, en el momento considerado más rico de la necrópolis, donde se han localizado restos que se han querido vincular con el banquete, pero se limitan a un fragmento de pared de colador y de cinco restos de calderos de bronce irreconstruibles. Cuatro de los casos se identifican con tumbas ricas y dos de nivel medio (Argente *et alii*, 2001, 131), pero la ausencia manifiesta en este conjunto de cazos, parrillas, espetones nos indica la pobreza de instrumentos relacionados con el banquete.

Esta ausencia de ritual de banquete individualizado en las tumbas del ámbito celtibérico contrasta con las evidencias descubiertas en culturas consideradas próximas, como la desarrollada en el territorio vettón, en la necrópolis de Las Cogotas y La Osera, donde aparecieron instrumentos relacionados con el banquete, asociados a las tumbas más notables y de carácter guerrero (Kurtz, 1982). O en el territorio vacceo, en donde la necrópolis de las Ruedas, junto a la ciudad de Pintia, muestra en la tumba 54 ajuares con dos parrillas (Sanz, 1997: 416) y en la 75 aparecen junto al armamento restos del atalaje de caballo, restos óseos de animales, dieciocho vasijas relacionadas con la comensalidad y el consumo del vino, (Sanz y Velasco, 2003: 173-196). Por otra parte, las excavaciones de Ricardo Martín Valls (1990) en la vaccea necrópolis de Palanzuela mostraron la aparición de *simpula* conservados dentro de las vasijas, mostrando la existencia de un ritual funerario vinculado con la bebida. El contraste es mayor con el territorio de los iberos del Sureste y Alta Andalucía. Las tumbas de las elites de los siglos V y IV presentan vajilla de origen griego e imitaciones ibéricas, esencialmente cráteras y copas, que muestran un uso peculiar del banquete al carecer de enócoe presente en el *symposion* griego (Quesada, 1994).

Pero el banquete funerario existe en el ámbito celtibérico, aunque no se resuelve de forma individualizada vinculado a un difunto, si no de forma comunitaria. Su conocimiento ha sido muy reciente, gracias a la excavación del área periférica de dos necrópolis del territorio de Molina de Aragón. En la necrópolis de la Cerrada de los Santos en Aragoncillo se identificó un empedrado sobre el que se conservaba una gran mancha de ceniza y abundante fauna con huellas de descarnación, lo que ha sido identificado como “plataforma de ofrendas” y “silicernia (Arenas y Cortés, 1995). En el cementerio de Herrería, de las cinco fases identificadas, en la IV perteneciente a la época celtibérica y coetánea de la segunda fase del poblado del Ceremeño, se localizó una mancha de tierra negra de 50 m² de extensión con abundantes restos cerámicos y de fauna “resultado de ceremonias fúnebres que incluían el consumo de carne y bebida” (Cerdeño y Sagardoy, 2007: 155-158). Por otra parte, los sondeos realizados para detectar los límites de la necrópolis identificaron un foso

con abundantes restos de fauna y fragmentos de recipientes cerámicos, que han sido interpretados por las autoras como “restos de ritos de comensalidad o banquetes fúnebres” (Sagardoy y Chordá, 2009). Esto es, el ritual de la muerte en los cementerios celtibéricos nos muestra la peculiaridad de la estructura social celtibérica: ausencia de una elite destacada y de rituales individualizados relacionados con el vino y banquete. Por el contrario, la presencia de banquetes comunitarios nos indican que las relaciones sociales se establecen de forma comunitaria, lo que implica la existencia de fuertes lazos de parentesco entre los habitantes del poblado que se entierran en el cementerio. Lazos, cuya fuerza ha constreñido el desarrollo de una elite dentro de las propias comunidades celtibéricas.

4. La aparición del Estado

La “ciudad estado griega” o *pólis* queda definida en la *Política* de Aristóteles (García Valdés, 1994: n. 2) como “una comunidad de ciudadanos” independientemente de su residencia, sea urbana o rural. Al definir Aristóteles una *pólis* como “la comunidad de familias y aldeas para una vida perfecta y autosuficiente” y señalar “no se deben hacer asambleas en las democracias sin la población del campo”, integra políticamente el campo en la ciudad, rompiendo así el tradicional modelo historiográfico de oposición ciudad-campo, tan en boga en las investigaciones sobre las sociedades ibéricas y celtibéricas, y haciendo al campesino ciudadano independientemente de su residencia. Estos planteamientos se pueden extrapolar en el campo teórico al ámbito celtibérico, como se ha demostrado por el estudio de los patrones de asentamiento (Burillo, 1980 y 1982b) o el análisis de las fuentes clásicas (Fatás, 1981).

Los *oppida* celtibéricos configuran la base de una organización política basada en el modelo de las “ciudades estado clásicas”. Sus habitantes son ciudadanos de igual derecho independientemente de que residan en la ciudad o en el campo. Pero difieren en lo social del modelo originario griego en la ausencia del “modo de producción esclavista” (Hindess y Hirst, 1979). La peculiaridad de la estructura social celtibérica se observa en las pequeñas dimensiones de sus *oppida*, con la ausencia de espacios públicos urbanos, civiles o religiosos, y de obras monumentales, indicio de ausencia de riqueza en el estado y, por ende, de cargas fiscales onerosas sobre los ciudadanos. El grueso de la población vive en el campo, en aldeas que muestran en sus viviendas la pervivencia del antiguo modelo social campesino, de familias nucleares con tendencia igualitaria en cuanto a sus posesiones, pero cuya relación sigue regulada por los grupos familiares extensos. No existe oposición entre la ciudad y el campo, ámbitos de residencia de las comunidades campesinas, por lo que, al igual que ocurre en el mundo griego, el derecho de ciudadanía es independiente del lugar de residencia. Los datos de mediados del siglo II concuerdan en mostrar un alto porcentaje de *equites*, en torno al 20% de los hombres, campesinos, capaces de empuñar un arma. Estos caballeros, la mayoría de los cuales vivían en el campo, ratifican la ausencia de una aristocracia entre los celtíberos en esta etapa tardía.

4.1. Unos *oppida* de pequeñas dimensiones

Los *oppida* celtibéricos, al igual que los ibéricos del NE peninsular, son de pequeño tamaño, con unas dimensiones muy similares entre sí, que por término medio se encuadran entre las 4,5 y 10 Ha (Burillo, 2005b y 2006a). Dimensiones que llegan a ser menores, entre 2,5 y 5 Ha en las fundaciones griegas del NE peninsular y la Galia, como

Emporion, Rodhe y Olbia (Godineau y Kruta, 1980: 173). Para la etapa anterior al año 153, tan sólo existe una excepción en todo el Norte peninsular y es la ciudad de Segeda I en su fase sinecista, ya que con la incorporación de los titos y otros vecinos llega a alcanzar unas dimensiones mínimas de 17/18 Ha habitadas dentro de un recinto de 42 Ha, tamaño desproporcionado para su entorno que será la causa principal de Roma le declare la guerra (Burillo, 2006b). Pero incluso la excepción segedense muestra unas dimensiones muy inferiores a las colonias griegas de occidente como Massalia con 50 Ha, Veleia y Cumas con 72 Ha, Neapolis con 80 Ha, Posidonia, Metaponto y Heraclea con más de 100 Ha, Gela, Locri y Crotona con más de 200 Ha, y Síbaris, Tarento y Agrigento con más de 500 Ha (Almagro, 1987: 30). Diferencia de dimensiones que en si solas reflejan un distinto modelo social, dentro de la común estructura política de las “ciudades estado”.

No existen en las fuentes escritas referencias concretas a los habitantes de una ciudad celtibérica, con la excepción de Numancia: Floro (1,34) señala 4.000 celtíberos, Apiano (*Iber.* 76; 97) indica que los hombres no pasaban de 8.000 en tiempos de paz, y Veleyo (2,1,3) precisa que nunca armó más de 10.000 de sus propios hombres. Si bien se han realizado diferentes cálculos su población real, pienso que los más acertados son los realizados a partir de las evidencias arqueológicas por Alfredo Jimeno y Carlos Tabernero (1996: 429-431). De las tres ciudades superpuestas, a la más antigua, destruida en el 133 le calculan una extensión de 7,2 Ha y una media de 243 h/Ha, lo que les lleva a proponer una población próxima a los 1.800 habitantes. Aplicando esta ratio a Segeda I habría llegado a tener con sus 17/18 Ha habitadas en torno a los 4.000 habitantes. Cifras muy inferiores a las que presentaban las opulentas ciudades clásicas.

4.2. Ciudades sin obras públicas destacadas

¿Dónde se manifiesta la riqueza de un estado, y con ello la de la elite gobernante?. La respuesta es obvia: en las obras públicas, religiosas o civiles: el Partenón de Atenas, el Mausoleo de Halicarnaso o el Coliseo de Roma, son algunos de los muchos ejemplos que podemos encontrar en la Antigüedad. Las fuentes escritas nos proporcionan una información muy escueta y deslavazada para conocer las características de los *oppida* y la estructura social y política de las comunidades celtibéricas. La información arqueológica disponible en las ciudades celtibéricas, y también en el inmediato ámbito ibérico, es parcial pero nos muestra que existe una forma similar de resolver los aspectos residenciales. Segmentando la ciudad en barrios que agrupan viviendas de planta cuadrangular con muros medianiles. Los viales que articulan las ciudades presentan escasos espacios abiertos, de forma que se genera un modelo de urbanismo agrupado. Todos los *oppida* se limitan con una muralla, y cuando crece la población y con ella la ciudad se construirá una nueva muralla, como en el caso excepcional de Segeda I.

En los *oppida* del ámbito celtibérico debieron existir espacios específicos para reunir las asambleas, citadas por los escritores clásicos en Lutia (Apiano, *Iber.*, 93) o en Numancia y Tiermes (Diodoro, XXXIII, 16). También edificios senatoriales, como en Belgeda, incendiado por el propio pueblo en el año 93 (Apiano *Iber.*, 100) o en Contrebia Belaisca (Fatás, 1980), pero ninguno se ha detectado arqueológicamente. El único edificio de grandes dimensiones es el denominado “gran edificio de adobe” de Contrebia Belaisca, identificado con un *horreum* (Beltrán Lloris, 2005), que debe datarse en torno a la transición del siglo II al I. Se carece de cualquier referencia, textual y arqueológica acerca de la identificación de espacios sacros en el interior de sus ciudades. La existencia de un templo celtibérico en la parte más alta de Tiermes, (Taracena, 1941: 107 y Almagro y Berrocal, 1997: 575)

presenta, a mi parecer, grandes dudas de adscripción. El único santuario urbano identificado se encuentra extramuros, en Segeda I. Pero su construcción horizontal contrasta con la monumentalidad edilicia con la que resolvían su sacralidad las antiguas culturas mediterráneas (Pérez *et alii*, en prensa). De lo que se deduce que conocemos muy poco aquellos aspectos urbanos de la ciudad propios del estado, las soluciones dadas a los espacios y edificios públicos, culturales, políticos y administrativos. De haber existido edificios monumentales, estos se habrían detectado en las prospecciones arqueológicas, donde hubieran trascendido sus ruinas, y en las posteriores excavaciones. Lo cual contrasta con las urbes de las “ciudades estado clásicas” con edificios monumentales y modelos estandarizados respecto a la ordenación de los espacios públicos, caso de las griegas en torno al ágora o las romanas alrededor del foro.

En suma, los estados celtibéricos no levantaron construcciones públicas, sacras o civiles, de carácter monumental, en contraste con otras culturas mediterráneas como la egipcia, griega, etrusca o romana. Su ausencia es la mejor evidencia de que los gobernantes de estas ciudades estado no consideraron necesario acumular riqueza para una obra edilicia pública destacada. O lo que es lo mismo, no hubo impuestos sobre la población campesina para crear un tesoro estatal con el que acometer un proyecto constructivo de envergadura. Y si no se tomó esta decisión en todas las ciudades celtibéricas no fue por la carencia de artesanos capaces de acometer cualquier encargo, tal como lo demuestra la pericia de sus orfebres, herreros, alfareros, albañiles, etc.. Todo ello refleja una estructura social que impedía que los gobernantes pudieran gravar a la comunidad campesina para seguir la moda mediterránea de realzar sus ciudades con monumentos públicos, hecho que comparte con las ciudades ibéricas próximas del NE peninsular.

4.3. Un dominio de los asentamientos rurales

Las fuentes escritas, las leyendas monetales y otros datos epigráficos nos informan sobre las ciudades existentes en el territorio celtibérico. Pero tan sólo en los documentos clásicos encontramos información de carácter muy genérico referentes a los asentamientos rurales, identificados como *agris* y *castella* (Rodríguez Blanco, 1977: 173). Van a ser las prospecciones arqueológicas las que nos mostrarán las características físicas de este poblamiento. Todos los estudios realizados en territorios tan diversos del ámbito celtibérico como el valle de la Huerva (Burillo, 1980), Serranía de Albarracín (Collado, 1995), comarca de Molina de Aragón (Arenas, 1999) o el alto Duero (Jimeno y Arlegui, 1995) concuerdan en mostrarnos que el poblamiento se encontraba atomizado en torno a un *oppidum*, en cuyo territorio se diseminaba un gran número de asentamientos rurales.

En el ámbito celtibérico e ibérico del Ebro la mayor parte de la población campesina sigue viviendo en el campo, en poblados que repiten el mismo modelo de “calle central” con casas de similar tamaño, tal como lo refleja el asentamiento de los Castellares de Herrera de los Navarros, Zaragoza (Burillo, 2005a) o Tartrato de Alcañiz, Teruel (Burillo, 1982b). Esto es, dentro del nuevo modelo político de “ciudad estado” pervive el antiguo modelo social campesino, de familias nucleares igualitarias, cuya relación sigue regulada por los grupos familiares extensos (Burillo y Ortega, 1999 y Ortega, 1999). Los mismos que en la etapa histórica conoceremos con sus nombres en las inscripciones celtibéricas que comienzan a aparecer en el siglo II, y cuya vigencia queda testimoniada en su perduración en la epigrafía de época imperial. Esto es, la emergencia de la desigualdad que había dado lugar a la crisis del ibérico antiguo y al surgimiento de las primeras estructuras estatales no solo no ha sido capaz en el mundo celtibérico de anular el peso de las relaciones familiares,

sino que estas aparecen reforzadas tras la fugaz aparición de las aristocracias rurales en el eje del Ebro.

Este modelo de poblamiento, que el ámbito celtibérico comparte con el próximo ibérico del NE y levantino, muestra una ciudad u *oppidum* de pequeñas dimensiones, independiente políticamente, que controla un territorio jalonado de aldeas. Con ello se configura un modelo de “ciudad estado” altamente ruralizada, que difiere del modelo clásico de la *pólis*, en donde la mayor parte de la población se concentraba en las ciudades, configurando urbes de grandes dimensiones. En la sociedad campesina celtibérica los agricultores residían tanto la ciudad como el campo. De hecho el grueso de los habitantes de la ciudad debería tener como ocupación primordial la agricultura. Por lo tanto, no existía una oposición de ciudad campo en lo que a la residencia de los ciudadanos campesinos se refiere.

4.4. ¿ *Nobilissimi equites* o jinetes campesinos?

La posesión de caballo era un indicador de estatus social. Aristóteles señala en su *Política* (IV, 3, 2): “entre los notables existen diferencias según su riqueza y la magnitud de sus bienes, por ejemplo, por la cría de caballos (eso no es fácil de hacerse si no se es rico)” y más adelante insiste “la cría de caballos es propia de los que tienen grandes fortunas” (VI, 7, 1). Otro indicador de su valor en la sociedad mediterránea aparece recogido por Martín Almagro y Mariano Torres (1999: 85): en la guerra de Roma contra Veyes se estableció el *equus equo público*, por la que el estado pagaba para la compra de un caballo 1.000 denarios y 200 para su sustento. La consideración de riqueza con la que se asimila la posesión del caballo en la antigua Grecia y Roma puede hacerse extensiva a la sociedad hispana prerromana. O de otra manera, que en las ciudades y en las aldeas celtibéricas quien poseyera un caballo implica que tenía que poseer cierta riqueza.

Según Apiano el ejército celtibérico de 25.000 hombres de la coalición de las ciudades estado de Segeda y Numancia estaba compuesto por 5.000 jinetes y 20.000 infantes. La ratio de jinete/infante era de 20%, esto es de cinco guerreros uno era jinete. Ratio que se cumple en Numancia en el año 139, donde se citan 4.000 celtíberos y se entregan 800 caballos a los romanos (Diodoro 5, 33, 16). Lo interesante es que esta proporción se ratifica con datos arqueológicos en la necrópolis de Numancia, ya que en la fase última, anterior al ataque del año 133, la proporción de jinetes entre los guerreros sepultados es del 24 %. Si estas ratios las aplicamos a las ciudades de la coalición del año 153 nos encontramos que Numancia con sus 1.800 habitantes podría aportar entre 450 y 360 hombres y de ellos 90 / 72 serían jinetes y Segeda con sus 4.000 habitantes entre unos 1000 y 800 guerreros de los que 200 / 160 serían jinetes. Esto es, entre el 94,2% y el 95,3% del ejército procedía de fuera de estas ciudades, de otros *oppida* y, sobre todo, de los asentamientos rurales, donde residiría el grueso de la población (Burillo, 2006a: 58). Es pertinente, al respecto, volver a Aristóteles pues en el tema de la participación en la guerra no parece existir diferencia entre los habitantes de las *póleis* griegas y los de las celtibéricas: “de hecho ocurre con frecuencia que los que llevan las armas y los que cultivan el campo son los mismos” (*Política*, IV, 4, 15). Como indica Fernando Quesada (2006: 157) los millares de jinetes reseñados implican en el siglo II que caballeros (aristócratas) y jinetes (militares) sean la misma cosa, y concluye: “La caballería de Segeda, como en general cualquier caballería ibérica o celtibérica, no estaba compuesta por aristócratas”. Pero la gran diferencia entre estos dos ámbitos es que mientras las necrópolis ibéricas del SE muestran que el 6,7 % tenían arreos de caballo, las celtibéricas eran el 21,4% (Quesada,

2005: 103). Lo que implica que entre los iberos del SE la riqueza estaba mucho más concentrada que entre los celtiberos. Lo cual corrobora lo que nos indica la caballería de 5000 jinetes de la coalición del año 153: que entre los celtiberos no debió existir grandes concentraciones de riqueza, sino más bien el dominio de un sector social de nivel medio, residentes tanto en el campo como en la ciudad.

Los escritores clásicos traducen a sus términos los cargos celtibéricos, nombres que deben interpretarse en el contexto de la estructura social celtibérica. La identificación del numantino Retógenes con un *princeps* (Apiano *Iber.*, 93) debe entenderse como el calificativo dado un personaje destacado, que según Valerio Máximo (III, 2, *ext.* 7) vivía en el barrio “más hermoso de la ciudad”. El hecho de que en su huida de Numancia le ayuden cinco compañeros, además de otros cinco criados, a los que también se refiere como “siervos” (Apiano *Iber.*, 94) es el único testimonio que existe para hablar de una relación clientelar en el ámbito celtibérico. Pero el bajo número de personas implicadas nos aleja de los modelos existentes en la Península Itálica (Torelli 1988: 246 y 253) o de los que se defienden para el Alto Guadalquivir (Ruiz 1999). Es interesante observar que en la elección de Caro de Segeda, como jefe militar que debe guiar la coalición celtibérica no se encuentra ninguna referencia sobre su noble cuna, su carácter aristocrático, sus grandes riquezas o el carácter hereditario del cargo, tan solo se dice que se le nombra caudillo por que “era considerado un hombre belicoso” (Apiano, *Iber.*, 45). Esto es, lo que se valoró fueron exclusivamente sus dotes militares.

Con todo lo visto, se puede precisar que los cuarenta *nobilissimi equites* exigidos por Sempronio Gracco a la ciudad de Certima como garantía de su fidelidad (Livio 40, 47) corresponden no a una noble elite equestre sino a la totalidad de jinetes existentes en la ciudad. Al menos es lo que se desprende si se aplican las ratios señaladas para el ejército celtibérico del 153, ya que supondría la existencia en el *oppidum* de un total de 200 guerreros y 1000 habitantes, lo que le da una extensión de 4, 11 Ha, equiparables a un *oppidum* del tamaño de Tivissa. Dimensiones que serían algo superiores en el supuesto de que no se hubiera obligado a que la ciudad entregara toda su caballería. El hecho de que los 5000 jinetes de la tropa celtibérica del año 153 puedan ser calificados como *nobilissimi equites*, no implica que no existieran jinetes que concentraran en su patrimonio más riqueza que sus coetáneos, pero toda la información disponible nos indica que nunca alcanzó la que se nos muestra en el ámbito ibérico meridional, ni en otras culturas mediterráneas. Habrá que esperar a la llegada de las influencias mediterráneas con la penetración romana para encontrar en una ciudad tan singular como Segeda claras diferencias sociales, las que marca la coexistencia de viviendas de 46 m² con un único espacio sin compartimentar y la casa de planta helenística de unos 300 m² de extensión con patio central y 11 habitaciones, que hemos dado en denominar “casa de estrigilo” por el hallazgo de este instrumento (Burillo 2006 y Burillo *et alii*, 2008).

Las fuentes clásicas nos informan sobre las ingentes cantidades de metales preciosos que se ingresaron en el erario romano conforme avanzaba la conquista del Ebro (Fatás, 1973 y García Riaza, 1999). Riqueza, que también se señala para Numancia, cuando Pompeyo les exige treinta talentos de plata, de los que los numantinos entregaron una parte al momento (Apiano, *Iber.*, 79). Pero desconocemos dónde se acumulaba esta riqueza, si era comunitaria, estaba muy distribuida o pertenecía a una elite de la sociedad. En cualquier caso, se puede afirmar que nunca se manifestó ni trascendió la riqueza testimoniada en las fuentes escritas en las obras públicas de los estados celtibéricos, ni en espacios domésticos suntuosos, donde la “casa del estrigilo” de Segeda sería la excepción que muestra los cambios internos que se producen en la sociedad de esta ciudad por la influencia del ámbito mediterráneo. La prueba más concluyente de esta afirmación la encontramos en el reverso

de la moneda del mundo de los vivos, como es la ausencia de enterramientos o de rituales funerarios relevantes entre los celtiberos. Los personajes más notables de la sociedad celtibérica no parecen generar, pues, una aristocracia piramidal de miembros selectos que acapararan grandes cotas de riqueza. Las razones deben buscarse en la estructura de la sociedad campesina celtibérica en donde los lazos de parentesco alcanzaron tal fortaleza que impidieron la concentración de la riqueza en pocas manos, al contrario esta se hallaba distribuida entre toda la sociedad, ya viviera en la ciudad o en el campo.

5. Bibliografía

- AGUILERA Y GAMBOA, E., MARQUÉS DE CERRALBO (1916): *Las Necrópolis Ibéricas*. Asociación Española para el Progreso de las Ciencias. Madrid.
- ALMAGRO-GORBEA, M. (1987): “El área superficial de las poblaciones ibéricas”. *Los asentamientos ibéricos ante la romanización*. Madrid: 21-34.
- ALMAGRO-GORBEA, M. y BERROCAL, L. (1977): “Entre iberos y celtas: sobre santuarios comunales urbanos y rituales gentilicios en Hispania”. *Espacios y lugares culturales en el mundo ibérico*. QPAC, 18. Castellón: 567-588.
- ALMAGRO-GORBEA, M. y TORRES, M. (1999): *Las fibulas de jinete y de caballito. Aproximación a las élites ecuestres y su expansión en la Hispania céltica*. Institución Fernando el Católico.
- ARENAS-ESTEBAN, J.A. (1999): *La Edad del Hierro en el Sistema Ibérico Central*. España, BAR International Series 780. Oxford.
- ARENAS, J.A. y CORTÉS, L. (1995): “Mortuary rites in the Celtiberian cemetery or Aragoncillo (Guadalajara, Spain)”. Waldren, Ensenyat, Kennard (eds), *Ritual, Rites and Religion in Prehistory. IIIrd Deya International conference of Prehistory*. BAR International conference of Prehistory. BAR International Series, 611. Oxford: 1-20.
- ARGENTE, J.L. (coord.) (1990): *Tiermes. Guía del Yacimiento y Museo*. Junta de Castilla y León.
- ARLEGUI-SÁNCHEZ, M. (1990): “Introducción al estudio de los grupos celtibéricos del Alto Jalón”. J.L. Argente, *El Jalón. Vía de comunicación, Ciclo de conferencias, 1990*. Junta de Castilla y León: 41-70.
- ARMENDÁRIZ-MARTIJA, J. (2008): *De Aldeas a Ciudades. El poblamiento durante el primer milenio a.C. en Navarra*. Gobierno de Navarra.
- BARRIL-VICENTE, A. (2003): “Casco hallado en necrópolis celtibéricas conservados en el Museo Arqueológico Nacional de Madrid”. *Gladius*, XXIII: 5-60.
- BEA, D.; DILOLI, J. y VILASECA, A. (2003): “El Turó del Calvari (Vilalba dels Arcs, Terra Alta). Un recinto singular de la primera edad del ferro al curs inferior de l’Ebre”. *Ilercavònia*, 3: 75-87.
- BELTRÁN-LLORIS, M. (2005): “Contrebia Belaiska (Botorrita, Zaragoza)”. *Celtiberos. Tras la Estela de Numancia*. Soria: 137-144.
- BELTRÁN-MARTÍNEZ, A. (1984): “Las casas del poblado de la I Edad del Hierro del Cabezo de Monleón (Caspé)”. *Museo de Zaragoza. Boletín*, 3: 23-101.
- BURILLO-MOZOTA, F. (1980): *El valle medio del Ebro en Época Ibérica. Contribución a su estudio en los ríos Huerva y Jiloca Medio*. Zaragoza.
- BURILLO-MOZOTA, F. (1982) a: “La jerarquización del hábitat de época ibérica en el valle medio del Ebro. Una aplicación de los modelos locacionales”. *Estado Actual de los Estudios sobre Aragón*, IV Jornadas. Zaragoza: 215-228.
- BURILLO-MOZOTA, F. (1982) b: “El urbanismo del poblado ibérico El Tartrato de Alcañiz”. *Kalathos*, 2: 47-66.
- BURILLO-MOZOTA, F. (1989-90): “La crisis del Ibérico Antiguo y sus incidencia sobre los campos de urnas finales del Bajo Aragón”. *Kalathos*, 9-10. Teruel: 95-124.
- BURILLO-MOZOTA, F. (2005) a: “Los Castellares de Herrera de los Navarros”. *Celtiberos. Tras la estela de Numancia*. Soria: 109-117.
- BURILLO-MOZOTA, F. (2005b) “Aproximación a la demografía de la ciudad celtibérica de Segeda I”. *Mayurqa*, 30. Universidad de las Islas Baleares: 827-847.
- BURILLO-MOZOTA, F. (2006a, “Oppida y Ciudades Estado del Norte de Hispania con anterioridad al 153 a.C.”. F. Burillo (ed.) *Segeda y su Contexto Histórico. Entre Catón y Nobilior (195 al 153)*. Fundación Segeda – Centro de Estudios Celtibéricos de Segeda: 35-70.
- BURILLO-MOZOTA, F. (2006) b: “La ciudad estado de Segeda I”. F. Burillo (ed), *Segeda y su contexto histórico. Entre Catón y Nobilior (195 al 153)*, Fundación Segeda: 203-240.
- BURILLO-MOZOTA, F. (2007): *Celtiberos. Etnias y Estados*. 2ª ed corregida y aumentada. Editorial Crítica.

- BURILLO-MOZOTA, F. (2009): "Estructuras de almacenaje en el valle medio del Ebro y Sistema Ibérico Central durante el primer milenio a.C.". R. García y D. Rodríguez (ed.) *Sistemas de almacenamiento entre los pueblos prerromanos peninsulares*. Universidad de Castilla La Mancha: 315-350.
- BURILLO, F.; CANO, M^a. A.; LÓPEZ, R. y SAIZ, M^a.E. (2008): *La casa del Estrigilo de Segeda I*. Fundación Segeda – Centro Celtibérico.
- BURILLO, F. y PICAZO, J. (1997): "El Sistema Ibérico Turolense durante el segundo milenio". *Homenaje a Milagros Gil Mascarell, Saguntum*, 30. Valencia: 29-58 .
- BURILLO, F. y ORTEGA, J. (1999) "El proceso de formación de las comunidades campesinas en el Sistema Ibérico (1.400-400 a. C.): Algunas consideraciones acerca del concepto de ruptura". J. A. Arenas y M^a. V. Palacios (ed.), *El origen del mundo celtibérico*. Molina de Aragón: 123-141.
- CABRÉ-AGUILÓ, J. (1908): "Hallazgos arqueológicos". *Boletín de Historia y Geografía del Bajo Aragón*, II, 5: 214-244.
- CABRÉ-AGUILÓ, J. (1930): *Excavaciones en la necrópolis celtibérica del Altillo de Cerropozo (Atienza, Guadalajara)*. Memoria de la Junta Superior de Excavaciones y Antigüedades, 105, Madrid.
- CABRÉ-AGUILÓ, J. (1942): "El thymiaterion céltico de Calaceite". *Archivo Español de Arqueología*, 15: 181-205.
- CERDEÑO, M^a.L. y JUEZ, P. (2002): *El Castro Celtibérico de El Ceremeño (Herrería, Guadalajara)*. Seminario de Arqueología y Etnología Turolense.
- CERDEÑO, M^a.L. y SAGARDOY, T. (2007): *La necrópolis celtibérica de Herrería III y IV (Guadalajara)*. Fundación Segeda – Centro de Estudios Celtibéricos.
- COLLADO-VILLALBA, O. (1995): "El poblamiento en la Sierra de Albarracín y en el valle alto del Júcar". F. Burillo (ed.) *III Simposio sobre los celtiberos. Poblamiento Celtibérico*. Zaragoza: 409-432.
- DIOLOLI, J. y BEA, D. (2005): "Presencia de elementos de vajilla de tipo orientalizante en el Sur de Cataluña durante la Primera Edad del Hierro". *El Periodo Orientalizante. Actas del III Simposio Internacional de Arqueología de Mérida: Protohistoria del Mediterráneo Occidental*, II: 1385-1393.
- FATÁS-CABEZA, G. (1973): "Un aspecto de la explotación de los indígenas hispanos por Roma: los botines de guerra en la Citerior". *Estudios*, II. Zaragoza: 101-110.
- FATÁS-CABEZA, G. (1981): "La polis indígena. Notas metodológicas". *Estudios de Historia de España. Homenaje a Tuñón de Lara*, Madrid: 31-43.
- GALESKI, B. (1977): *Sociología del campesinado*, Ediciones Península.
- GALLEGO, J. (Ed) (2003): *El mundo rural en la Grecia antigua*. Akal.
- GARCÍA, D. (2008): "Grecs et indigènes en Languedoc central durant l'Âge du Fer". D. Viali (ed.) *I Celti e il Mondo Greco*. Università di Bologna: 43-59.
- GARCÍA-PAREDES, A. (ed.) (2004): *Castejón. Cuatro milenios de historia*. Ayuntamiento de Castejón.
- GARCÍA-RIAZA, E. (1999) "El cómputo del metal precioso en los botines de guerra hispano-republicanos". *Hispania Antiqua*, XXXIII. Valladolid: 119-136.
- GARCÍA-VALDÉS, M. (1994). *Aristóteles. Política. Traducción y notas*. Editorial Gredos. Madrid.
- GODELIER, M. (1998): "Funciones, formas y figuras del poder político". C. Aranegui (ed.) *Actas del Congreso Internacional Los Iberos principes de Occidente. Estructuras de poder en la sociedad ibérica*, Fundación La Caixa, Barcelona: 13-21.
- GODELIER, M. (1999): "Chefferies et États, une approche anthropologique". *Les princes de la Protohistoire et l' émergence de l'état*, Centre Jean Bérard, École Française de Rome: 19-30.
- GRAELLS, R.; FATÁS, L. y SARDÀ, S. (2009): "Uso y significado de los materiales mediterráneos en algunas tumbas del Bajo Aragón (s. VII-VI a.C.): Reflexiones sobre un sistema complejo". F. Burillo (ed.) *VI Simposio sobre los celtiberos, Ritos y Mitos*. Centro de Estudios Celtibéricos de Segeda: 351-36.1
- HINDESS, B. y HIRST, P.Q. (1979): *Los modos de producción precapitalistas*. Ediciones Península. Barcelona.
- JIMENO, A. y ARLEGUI, M.A. (1995): "El poblamiento en el Alto Duero". F. Burillo (ed.) *III Simposio sobre los celtiberos. Poblamiento Celtibérico*. Zaragoza: 93-126.
- JIMENO, A.; TORRE, J.I. DE LA; BERZOSA, R. y MARTÍNEZ, J.P. (2004): *La necrópolis Celtibérica de Numancia*. Junta de Castilla y León.
- JIMENO, A. y TABERNERO, C. (1996) "Origen de Numancia y su evolución urbana". *Complutum Extra*, 6, 1: 415-432.
- KURTZ, W. (1982): "Material relacionado con el fuego aparecido en las necrópolis de Las Cogotas y de La Osera". *Boletín del Seminario de Arte y Arqueología de la Universidad de Valladolid*, 16: 52-53.
- LORRIO, A. (2005): *Los Celtiberos*. 2^a ed., Real Academia de la Historia. Madrid.
- LUCAS-PELLICER, M^a.R. (2003-04): "Simpulum y bebida, marcadores de prestigio y jefatura durante el Hierro I (siglos VII/VI a.C.): entre el Herault y el Ebro". *Kalathos*, 22-23. Teruel: 95-134.
- MASCORT, M^a. T.; SANMARTÍ, J. y SANTACANA, J. (1991): *El jaciment protohistòric d'Aldovesta (Brenifallet) i el comerç fenici arcaic a la Catalunya Meridional*. Publicacions de la Diputació de Tarragona.

- MAYA, J.L.; CUESTA, F. y LÓPEZ-CACHERO, J. (eds.) (1998): *Genó: Un poblado del Bronce Final en el Bajo Segre (Lleida)*. Universidad de Barcelona.
- MORET, P. (2002): "Tossal Montañés y La Gessera: ¿residencias aristocráticas del Ibérico Antiguo en la cuenca media del Matarraña?". *Ilercavonia*, 3, pp: 65-73.
- MORET, P. (2005-6): "La época ibérica en El Palao (Alcañiz, Teruel). *Kalathos*, 24-25: 155-175.
- MORET, P.; BENAVENTE, J.A. y GORGUES, A. (2006): *Iberos del Matarraña. Investigaciones arqueológicas en Valdeltormo, Calaceite, Cretas y La Fresneda (Teruel)*. Al-Qannis, 11. Alcañiz.
- MARTÍN-VALLS, R. (1990): "Los *simpula* celtibéricos". *Boletín del Seminario de Arte y Arqueología de la Universidad de Valladolid*, LVI: 144-169.
- ORTEGA-ORTEGA, J.M. (1999): "Al margen de la <identidad cultural>: Historia social y economía de las comunidades campesinas celtíberas". F. Burillo (ed.) *IV Simposio sobre los celtíberos. Economía*. Zaragoza: 417-452.
- PELLICER, M. (1959): "Zaforas, nuevo yacimiento con cerámica excisa, en Caspe". *Actas del V Congreso Nacional de Arqueología*. Zaragoza: 138-156.
- PÉREZ, M.; BURILLO, F.; LÓPEZ, R. y ARENAS, J., en prensa, "The Sactuary of the Celtiberian Town of Segeda and its Astronomical Orientations, *The European Society for Astronomy in Culture 17 th Annual Meeting*, Alejandría (noviembre 2009).
- QUESADA- SANZ, F. (1994): "Vino, aristócratas, tumbas y guerreros en la cultura ibérica (ss. V-II a.C.)". *Verdolay*, 6: 99-124.
- QUESADA- SANZ, F. (1997): *El armamento ibérico. Estudio tipológico y simbólico de las armas en la Cultura Ibérica (siglos VI-I a.C.)*. éditions monique mergoil.
- QUESADA- SANZ, F. (2005): "L' utilization du cheval dans le «Far West» méditerranéen bilan des recherches et étude de cas le problème de l' apparitiion de la cavalerie en Ibérie". *Les équidés dans le monde méditerranéen antique*, Lattes: 95-100.
- QUESADA- SANZ, F. (2006): "Los celtíberos y la guerra: tácticas, cuerpos, efectivos y bajas. Un análisis a partir de la campaña del 153". F. Burillo (ed.) *Segeda y su Contexto Histórico. Entre Catón y Nobilior (195 al 153)*. Fundación Segeda – Centro de Estudios Celtibéricos de Segeda: 149-167.
- RAFEL, N. (2005): "Un tripode chipriota procedente de la Clota (Calaceite, Teruel)". *Complutum*, 13: 77-83.
- RODRÍGUEZ-BLANCO, J. (1977): "Relación campo-ciudad y organización social en la Celtiberia Citerior (s. II a. de C.)". *Memorias de Historia Antigua*, 1: 167-178.
- RODRÍGUEZ-DÍAZ, A. (2009): *Campesinos y señores del campo. Tierra y poder en la protohistoria extremeña*. Bellaterra Arqueología.
- RÖSENER, W. (1990): *Los campesinos en la Edad Media*, Editorial Crítica.
- ROUILLARD, P. (1997) *Antiquités de l'Espagne*, Paris.
- RUIZ-RODRÍGUEZ, A. (1998): "Los príncipes iberos: procesos económicos y sociales". C. Aranegui (ed.) *Actas del Congreso Internacional Los Iberos príncipes de Occidente. Estructuras de poder en la sociedad ibérica*, Fudación La Caixa, Barcelona: 289-300.
- RUIZ-RODRÍGUEZ, A. (1999): "Origen y desarrollo de la aristocracia en época ibérica, en el alto Valle del Guadalquivir". *Les princes de la Protohistoire et l' émergence de l'état*. Centre Jean Bérard, École Française de Rome: 97-106 y 190-191.
- RUIZ-RODRÍGUEZ, A. (2000): "El concepto de clientela en la sociedad de los príncipes". C. Mata & G. Pérez, *IBERS. Agricultors, artesans i comerciants*, III Reunió sobre Economía en el Món Ibèric, Saguntum, Extra 3, Universitat de València: 11-20.
- SAGARDOY, T. y CHORDÁ, M. (2009): "Ritos de comensalidad y delimitación del espacio funerario en la necrópolis de Herrería IV (Guadalajara)". F. Burillo (ed.) *VI Simposio sobre los celtíberos, Ritos y Mitos*. Centro de Estudios Celtibéricos de Segeda: 331-340.
- SANMARTÍ, J. (2004): "From local communities to early states: te development of complexity in protohistoric Catalonia", *Pyrenae*, 35-1, Universidad de Barcelona.
- SANMARTÍ, J. (2009): "Colonial Relations and Social Change in Iberia (Seventh to TIR Centuries BC), en M. Dietler & C. López-Ruiz (eds.) *Colonial Encounterns in Ancient Iberia. Phoenician, Greek and Indigenous Relations*, The University of Chicago Press: 49-88.
- SANMARTÍ, J.; BELARTE, M^a.C.; SANTACANA, J.; ASENSIO, D. y NOGUERA, J. (2000): *L' asentament del bronze final i primera edat del ferro del Barranc de Gàfols (Ginestar, Ribera d' Ebre*. Arqueo Mediterrània, 5. Universidad de Barcelona.
- SANZ, C. y VELSCO, J., (2003): *Pintia, un oppidum en los confines orientales de la región vaccea*, Universidad de Valladolid.
- SARDÀ-SEUMA, S. (2008) "Servir el vino. Algunas observaciones sobre la adopción del oinochoe en el curso inferior del Ebro (s. VII-VI a.C.)", *Trabajos de Prehistoria*, 66.2, pp. 95-115.
- SHANIN, T. (1976): *Naturaleza y lógica de la economía campesina*. Editorial Anagrama.
- TARACENA, B. (1941) b: *Carta Arqueológica de España, Soria*. Madrid.
- TORELLI, M. (1988): "Dalle aristocrazie gentilizie alla nascita della plebe". A. Momogliano y A. Schiavone (dirs.), *Storia di Roma*. Turín: 241-261.
- WOLF, E.R. (1971): *Los campesinos*. Editorial Labor.

